

LAS NOVELAS DE SANCHO POLO

I



AREA harto espinosa y sobre espinosa, ingrata, es la que se impone aquel que va á emitir un juicio en contra de opinión generalmente aceptada. Quien tal hace, expónese, cuando menos, á que la maledicencia atribuya á torcidas intenciones ó malévolos descos, cualquiera opinión contraria á la que ya se ha formado cierto círculo—el de la *pedantocracia*, como lo designó Stuart Mill—el cual no fácilmente perdona que se le demuestre la torpeza ó simplicidad con que anduvo al tomar por obra afiligranada de arte, lo que no es más que producto informe de de una gestación difícil y prematura.

Este círculo de la pedantocracia, como árbitro supremo y dispensador único de las reputaciones literarias, primero se asombra, después se sulfura, y por último, descarga sobre el infortunado mortal que desoye la sagrada voz de sus oráculos, todos los rayos de su olímpica indignación.

No todos, en verdad, se atreven á hacerse blanco de esas tan tremendas iras, y, la mayor parte de aquellos que juzgan con su propio criterio, tienen buen cuidado de guardarse *in petto* sus opiniones, y de conformarse, cuando por ventura se encuentran con un Conclave de esos seres superiores, con repetir aquellas pedantescas palabras de uno de sus congéneres: *manducome flumen illorum!*

Razón, pues, de sobra he tenido para dar á la estampa, no sin fundada zozobra, mis mal pergeñados apuntes que, sin pretenciones de crítica, he ido haciendo á medida que han caído en mis manos y he leído las novelas de Sancho Polo. Algunos amigos que han encontrado justa mis observaciones, hánme animado á que les dé publicidad, sin que fueran parte á disuadirlos de su intento, ni el que aquellos fuesen cantrarios al general aplauso con que tales novelas han sido recibidas por el público, ni el que el audaz que á tanto osaba, careciese de las fuerzas necesarias para dar cumplido remate y término á tan temeraria empresa.

Antes de apercibirme, empero, á entrar en la liza, juro por Dios y por mi ánima no esgrimir otras armas que las de los caballeros y bien nacidos, por más que me presente con la vicera calada, como debiera ser de rigor en semejantes justas. Hecha, pues, esta profesión de fé, y sin más preámbulos embrazo la adaraga, requiero la péñola, y que el cielo me acorra.

* * *

La novela como obra de arte, es á manera de barómetro que indica el grado mayor ó menor de altura á que ha llegado el desenvolvimiento literario en las naciones cultas. Toma la novela, cuando aparece en tiempos antiguos, la forma rudimentaria del cuento; tales pueden considerarse las colecciones indias de cuentos y apólogos titulados: el *Pantchatantra*, el *Pantcha Pakyana* y el *Hitopadesa*, así como los cuentos árabes, de todos conocidos, con el nombre de *Las Mil y Una Noches*. De Grecia pudieran citarse como novelas, *Las Etiópicas* de Heliodoro y la pastoril *Dafnis y Chloe*, y alguna otra de menos importancia. De Roma, la licenciosa de Petronio *El Satiricón* y las *Metamorfosis* de Apuleyo. En la Edad Media la novela aparece, ora con todo el carácter oriental